



Ruinas de Brunete, el pueblo que fue centro de atención por una durísima batalla en el mes de julio de 1937

José Antonio Montalbán, era un hombre sencillo, leal y bonachón, para el que no se había hecho la guerra.

Alrededor de este soldado se había abierto un círculo vicioso de descrédito, porque muchos creían y consideraban que su ceguera era ficticia y que la aprovechaba para librarse de las guardias nocturnas. Una noche que le tocaba hacer guardia en la

avanzadilla, se presentó en el botiquín, solicitando al alférez médico su traslado al hospital, alegando que le dolía bastante la cabeza, posiblemente por causa de la vista. El alférez médico que se había enterado que aquella noche le tocaba de guardia, le hizo desnudarse de cintura para arriba apoyándole las «gomas» en el pecho para observarle a la vez que le decía: «Montalbán diga tres veces mandanga». Este balbuceó vacilante:

«¡Mandanga! ¡Mandanga! «respondiendo el médico, «hombre más fuerte, más fuerte, más fuerte» ¡Mandangaaa! «Contestó con más fuerza nuestro antibelicista». Eso es lo que tú tienes, mucha «mandanga» —aseguró el médico.

Aquella misma noche el soldado Montalbán, con su ceguera, tuvo que hacer la guardia de escucha en la avanzadilla. Era una noche infernal